MIGUEL: NOMBRE Y VOZ

En el rostro de Miguel brillaban claros los ojos y claros, clarísimos, los dientes. Rompían entre el ocre de su tez, barro cocido, amasado y abrasado y capaz de contener, y rebosar, el agua más fresca. Porque ésta era la verdad. Los pómulos abultados, el pellizco de la nariz, la anchura de su cara, afinada en su base, asociaban este rostro a la imagen de una vasija de barro popular, gastada y suavizada por el tiento de su uso, pero enteriza siempre. ¡Ni una grieta, salvo la que por boca y ojos hacía el frescor de su linfa!

Éste era Miguel. El dril de su chaquetilla, el cáñamo de su alpargata, la hilaza de su usada camisa eran en él siempre, y todavía, como la materia prima. Se diría que acababa de arrancarla en el campo, como quien pasa y desgaja y asume una vara de fresno.

Miguel Hernández. Este nombre tan acendrado y justo llegó por apuramiento y desnudez a su expresión representativa. Su nombre civil, bien sabido de todos: Miguel Hernández Gilabert. Cuando fué a publicar su primer libro tal conjunto se le apareció como demasiado largo y complicado. En un afán de sencillez sustituyó el Gilabert y firmó: Miguel Hernández Giner. Él, que era la verdad misma, sintió pronto que esto resultaba aún excesivo, sobre ser falso. Y así para su segunda obra se despojó más y valientemente quedó en su definitivo Miguel Hernández. El agudo Miguel, punzante y horadador. El amplio y reposado Hernández de todos.

Opuesto había sido el proceso tres generaciones antes. Ramón Valle, buen nombre y sencillo, con un segundo apellido, Peña, siguió un camino inverso. Apuntamientos, acumulaciones y adornos, cimeras y brillos, y nuevos retoques y nuevos pulimentos, y he aquí el resultado: el nombre o trueno artístico: don Ramón María del Valle-Inclán.

Dos épocas diferentes y dos entendimientos de la entidad misma del escritor: A) El escritor es un hombre como los demás. B) El escritor es un algo diferente, un raro, un no mezclado (no mezclable, diríase) y he aquí su gallardete que se le adelanta. ¡Apartaos!

Siempre me acuerdo de la estampa de Miguel en la época penúltima de su vida. Unas botas recias, un viejo pantalón pasado por tierra y

agua. Una camisa caqui y, si hacía frío, un cuero. Nada sobre la cabeza.

Venía hacia Madrid o se encaminaba a su destino. Y parado en medio de la carretera, esperaba a que alguien le condujese. A veces pasaba un camión lleno de hombres, de varia condición: todos combatientes. Miguel levantaba la mano. El vehículo se detenía. "Sube, amigo." Un salto y Miguel quedaba mezclado entre todos. Como lo que parecía y era: uno de ellos.

Cuando él, en la intimidad, decía sus versos, se le notaba la voz clara. Lo primero en que uno pensaba era en el sonido del arroyo. Los arroyos de su Levante. Tenía una voz nunca oscura, porque hasta en los acentos dramáticos podía sonar claramente herida, pero no sepultada. Recitaba con sobriedad, vivaz más que lento, brioso, sí, como exigía tantas veces su obra. Y empezaba quieto, altos los ojos, mirando allá al fondo, la mano aún caída, y cuando la temperatura había calentado no sólo su garganta, sino todo su cuerpo, entonces miraba a su interlocutor (nunca como en Miguel se sentía que la poesía es diálogo), individualizando la comunicación, pronunciándola como enderezada a cada uno de los que le escuchaban: Juan, Roque, Manuel, con sus nombres distintos.

Cuando los oyentes eran muchos, el proceso era el mismo: "¡Amigos!" o "¡Hermanos!". El vocativo era para cada cual y cada cual se sentía mirado y hablado, yo diría caminado y vivido, unido en un largo intercambio que había empezado mucho antes y que no podría terminar al cerrarse la boca.

Había que ver a Miguel, con su tez propagada, el ocre de sus pómulos subido un grado en su color, nunca rojo, porque la tierra no arde, pero guarda el fuego, exhalar sus palabras, tenso el brazo, la voz más clara que nunca, y ya no con el son del arroyo, sino con el ruido de la voz del hombre cuando sale del pecho.

Henchido pecho y voz de él. He oído a muchos poetas decir sus versos. Pocos me han dado esta sensación tan completa del hombre expresado en acto, desde la desnuda garganta.

VICENTE ALEIXANDRE.